



ALEX A TRAVÉS DEL ESPEJO

Alejandro Flores Escorial

ALEX A TRAVÉS DEL ESPEJO



Primera edición: mayo 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Alejandro Flores Escorial

ISBN: 978-84-19748-82-9

ISBN digital: 978-84-19748-83-6

Depósito legal: M-16778-2023

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A todos mis seres queridos, con amor, que es el motor de
todas las cosas. Por acompañarme en este camino.
Por compartir conmigo vuestros sueños y esperanzas.*

I

Alrededor del canal de Beagle, se levantaban paredes escarpadas y montañas nevadas sobre yermas praderas de matorral. Las olas no eran violentas, pero el mar estaba revuelto y hacía viento. A juzgar por los truenos lejanos, el tiempo empeoraría en las próximas horas.

Un viejo cascarón surcaba aquellas aguas, cargado con aparejos de pesca, sogas mugrientas, flotadores, boyas y un aparatoso bulto cubierto por lonas. Con cada nuevo envite, todo su crujiente esqueleto de madera gemía, amenazando con irse directo al fondo del mar. Aquella misma tarde había zarpado del puerto de Ushuaia, la capital de la Tierra del Fuego. Última frontera de la civilización en el hemisferio sur.

Alex se apoyaba en la pasarela de babor, con la mirada perdida en la distancia, y se protegía de la llovizna con un chubasquero.

Aquella situación le había inspirado un nuevo símil: una capa de *nylon* te puede proteger de enfermar; como una poesía o el párrafo de una lectura ligera, leídos en el momento correcto, también pueden prevenirte de adquirir una enfermedad mental. Sonrió más que complacido.

Como parte de su nueva rutina para mapear la realidad, últimamente utilizaba símiles para todo. Y uno de los mejores era verse a sí mismo como un desplazado. La penosa víctima de una desgracia que busca otra oportunidad en la vida. Y es que aún podía sentir, dentro de sus entrañas, el punzante dolor que le causaba el recuerdo de la traición. Huía de su exmujer..., de ella, que había roto una

confianza forjada por el tiempo. Ese era el terremoto del que debía escapar. Todo tenía sentido.

Pero, en el epicentro de su agonía, estaba el recuerdo de lo que había mediado entre ellos: esa nota triste, arrugada, abandonada sobre la cama, que decía: «No puedo seguir ni un día más con esta mentira».

Y así habían terminado sus diez años de perfecto matrimonio.

—Maldito ingenuo, te lo tragaste todo. Es culpa tuya. Estúpido... —murmuró para sí, produciendo un mantra, apretando las mandíbulas hasta hacer rechinar los dientes.

Como no deseaba seguir resbalando por una pendiente emocional, cuyo fin conocía de sobra, decidió dar un golpe de timón al velero de sus pensamientos. Pero... ¡maldita sea!, es que ni del trabajo conservaba algún recuerdo entrañable.

Entonces, recordó su despedida: aquel puñado de actuaciones, los apretones de manos, las frases de protocolo... Sus compañeros lucían sonrisas que, en realidad, ocultaban retorcidas lenguas de serpiente venenosa.

La boca del estómago se le contrajo en un amargo retortijón.

Cuando se recuperó, sintió un horrible vértigo. Se asomó a la soledad que todos acarreamos y comprendió que había vivido una ilusión durante mucho tiempo. Ahora tocaba despertar. Pero esto no quería hacerlo rodeado por una sociedad tan hipócrita. Quería despertar solo.

Por tal motivo, un tiempo después de firmar los papeles del divorcio, Alex se despidió del trabajo, vendió aquel apartamento cargado de malos recuerdos y se marchó para renacer como un Robinson Crusoe a lo siglo XXI. Otro buen símil.

¿Fue un brote de locura o un arranque de genialidad...?

Supuso que solamente el tiempo lo aclararía. Por el momento, todo indicaba que un brote psicótico lo había arrastrado a sacar todos sus ahorros del banco y a negociar con las autoridades chilenas la adquisición de ciertos terrenos.

En cuanto a la propiedad, el contrato que había firmado le permitía ocupar un lugar indeterminado en la península de Pasteur,

con el fin único de levantar una vivienda personal. En ningún caso podría reclamar como propio cualquier hallazgo. Ni oro ni petróleo, tampoco uranio o cualquier otro «recurso estratégico». Por supuesto, esta última cláusula lo hizo reír a mandíbula abierta.

Tras superar las trabas legales, Alex se gastó el resto de su dinero en la compra de un iglú modular. Un habitáculo con el espacio estrictamente necesario para las tareas cotidianas, donde renacería otra vez, solo, en medio de la naturaleza inviolada por el ser humano. Sus gratificaciones serían fruto del duro trabajo y la autosuficiencia. Simple... y absurdamente alocado.

Saboreando tales sensaciones, cerró los ojos y levantó el mentón para sentir el aire frío sobre el rostro. Inspiró hondo y volvió a dirigir la vista al sur. En aquel momento, el barco rebasaba un cabo que había ocultado un glaciar.

Aquellos hielos azules llevaban allí más de mil años, asomados al fiordo, reflejándose sobre las oscuras y frías aguas.

—¡Estamos flanqueando la isla Navarino, señor! —gritó un hombre rudo y de mediana edad, mientras salía del camarote, sosteniendo una taza de café entre las manos.

—Esas son buenas noticias... ¿Cuánto cree que falta para que lleguemos?

—¿A la península de Pasteur? —preguntó, simulando sorpresa—. Cuento que, con este vejestorio, no estaremos allí antes de mañana a mediodía. Primero, viraremos hacia el suroeste por el canal Murray, para entrar al estero Ponsonby; luego, navegaremos toda la noche, manteniendo el mismo rumbo hasta que aparezca su península.

Alex meditó, se mesó la barba y dijo:

—Entonces, la tierra que queda del otro lado del canal es la isla de Hoste, ¿verdad?

—Verdad... verdad... —asintió, meneando la taza para remover los posos—. De hecho, como curiosidad, este lado de la isla estuvo habitado hace algún tiempo. Aquí vivían colonos, atraídos por concesiones ganaderas del estado. Y por familias Yámanas, que tenían algunos poblados cerca del canal.

—¿Yámanas?

—Sí, señor, los indígenas nativos de estas tierras —luego bajó la voz y continuó—: Ya sabe cómo son estas cosas: primero pescaban y cazaban, pero, con el tiempo, empezaron a tener trato con aventureros, cazadores de pieles y...

—Y terminaron pasando los domingos por la tarde en los centros comerciales de Ushuaia, ¿no es así?

El capitán dio una buena carcajada y señaló en una dirección.

—¡Ballenas!, ¡mírelas cómo juegan...!

A unos trescientos metros, había un grupo de ballenas jorobadas, sacando las aletas del agua y levantando sus inmensas cabezas.

—¡Ooooooh! —exclamó Alex, encantado—, donde yo vivía no veía escenas como estas si no ponía el Discovery Channel.

—Pues, con el debido respeto, vaya acostumbrándose..., porque ellas, los pingüinos, las focas y los castores, probablemente, sean los únicos vecinos que tenga en muchos kilómetros a la redonda —movió el mentón—. Si lo que anda buscando por aquí es soledad, yo le aseguro que ha acertado como usted no sabe. Quizá se tope alguna vez con pescadores o cazadores furtivos. A veces, cuando no conseguimos suficientes capturas, nos aventuramos más allá del estero.

Alex sonrió y lo miró gravemente.

—Créame, necesito esta soledad. Tenía dos alternativas: venir aquí o quitarme la vida... ¿Qué hubiese escogido usted?

El capitán movió la cabeza de un lado a otro, como tratando de quitarse un mal pensamiento de encima. Luego, puso una mano sobre la baranda, junto al viajero.

—¿Con total sinceridad...?

Alex asintió.

—Creo que es usted un hombre valiente. Para las dos alternativas se necesita o mucho valor o ser un loco de remate, pero usted no aparenta lo segundo. Sea cual sea el motivo por el que huye, está claro que soporta mucho dolor, y nadie tiene el derecho de juzgarlo...

Alex limitó su respuesta a una triste sonrisa. Luego, se volvió hacia el mar, para entregarse de nuevo a sus pensamientos. El capitán, que era un hombre duro, pero no maleducado, entendió que la conversación se había terminado. Fingió recordar algo, pidió disculpas al viajero y se marchó. La puerta se cerró y el barco siguió tambaleándose, como el canasto de Moisés sobre las aguas del Nilo.

El paisaje había cambiado: el nuevo canal era más estrecho, y las costas, más escarpadas. Estas últimas parecían murallas sobre las que se extendían bosques enteros. Aquí y allá, algunas playas albergaban grupos de pingüinos, como manchas en la base rocosa. Alex apoyó sus codos en la baranda y contempló los nuevos parajes que se le ofrecían. Cuando oscureció, alguien lo llamó para cenar.

Dentro, en el camarote que hacía las veces de comedor y salón social, ya lo esperaban el capitán, su timonel y otros tres marineros. Todos estaban sentados alrededor de una mesa sencilla, colmada con delicias del mar. En los platos había pescado y marisco en iguales proporciones, y se había servido un buen vino blanco. El olor era sublime.

Los comensales aplaudieron a Alex en cuanto cruzó el umbral.

Aquella tripulación acostumbraba a celebrar así su última noche en el mar, disfrutando de una comida algo más copiosa y elaborada. Como acto de deferencia, se había elegido ese día para homenajear a su excéntrico cliente.

Alex les agradeció el gesto y se sentó a la mesa.

Los hombres cenaron hasta saciarse y bebieron en abundancia. En la velada no faltaron las carcajadas, los chistes subidos de tono y las canciones de marineros. Aquello fue demasiado para el viajero, que pronto acabó rendido bajo el sopor del vino y tuvo que despedirse de la tripulación.

En su litera, pasó la mejor noche hasta el momento, sin mareos ni pesadillas o insomnio. Durante algunas horas, todo fue oscuridad y silencio.

Alex se levantó temprano, resacoso, y no se cruzó con nadie hasta que salió a cubierta, donde se topó con uno de los marineros,

que recogía unas sogas empapadas por la tromba. Cuando este reparó en su presencia, se incorporó lentamente, lo siguió con la mirada y gritó:

—¡El estero Ponsonby!

Alex miró hacia el horizonte: no había acantilados por allí, solamente una vasta extensión de mar, limitada a lo lejos por la bruma.

—Ayer el capitán me habló de este lugar, ya debemos estar cerca de la península, ¿verdad?

El marinero miró hacia el sol, escondido detrás de las nubes, y luego, en todas las direcciones.

—Pues me imagino que estaremos allí en tres o cuatro horas, no creo que tardemos más. Le aseguro que nunca estuve por aquí, estas islas no me suenan de nada...

El hombre dudó antes de retomar la conversación, pero, al final, no pudo resistirse y preguntó:

—¿De verdad quiere vivir tan lejos...? ¡Ushuaia está bien! La vida es buena allí, comerá rico, conocerá gente amable y mujeres bonitas..., ¡muy bonitas!

Alex se rio, negando con la cabeza.

—Creo que, por ahora, prefiero a los pingüinos, las focas y las ballenas, pero muchas gracias por el consejo, ¡lo tendré en cuenta!

—Bueno, señor, no diga que Santiago Fernández no lo avisó...

El marinero consiguió desliar el cabo suelto y se llevó la carga al interior. Alex se quedó solo.

En la lejanía, comenzó a perfilarse una isla en medio de la niebla. Ya no se veían otros barcos ni cruceros turísticos, solo icebergs a la deriva. La mayoría eran pequeños y se estrellaban contra la superficie del casco produciendo un sonido sordo. Otros eran considerablemente más grandes y flotaban con lentitud, amenazando la integridad de la nave.

Alex sintió frío y se ajustó el chubasquero sin quitarle el ojo a la nueva prominencia que cada vez se acercaba más. La niebla se la tragó.

Algún tiempo después de pasar el islote, alguien se asomó por la ventana del puente y silbó. Alex estiró el cuello y se encontró con un brazo extendido. El timonel gritó:

—¡Señor, allí está su península!

Alex le respondió levantando el dedo pulgar y, a continuación, fijó la mirada en la distancia. Ahí estaba aquella larga y arbolada prominencia de roca.

Con una maniobra hábil, el timonel se posicionó en una apacible ensenada, cercana a la costa. Los otros marineros echaron el ancla y retiraron la lona que había estado sobre la cubierta. Debajo, aparecieron las estructuras con forma de gajo que, ensambladas, conformarían el iglú.

Los hombres dieron varios viajes en una lancha motora, hasta apilar todos los materiales en la playa.

En el último de ellos desembarcó el capitán, junto con los tres marineros, y el timonel se retiró al barco para ponerlo a punto antes de regresar a Ushuaia.

Alex permaneció en medio de la arena gris, con las botas salpicadas por las olas. Enfrente de él se extendía una ladera boscosa, y, más arriba aún, se alzaban colosos con las cimas nevadas, que formaban una larga cordillera hacia el este. Por el oeste, el terreno era abrupto y yermo, elevándose hasta formar un vértice que, lentamente, descendía al mar, a pocos metros de una aguja de piedra.

—Un lugar muy acogedor, ¡sí, señor! —bromeó un marinero.

Obviando el comentario, Alex desplegó un plano cartográfico militar. Luego, lo giró en una y otra dirección, tratando de buscar un punto de referencia.

Para ganar tiempo, un marinero echó mano de una carretilla y empezó a cargarla. Los otros lo imitaron.

—Señor..., ¿sabe ya hacia dónde tenemos que dirigirnos? —preguntó el capitán, inquieto a causa del mal tiempo.

Alex dudó unos segundos, pero miró la brújula y terminó señalando en una dirección.

—Es aquella plataforma de allí, entre el bosque y la montaña. Espéreme aquí, voy a buscar un paso.

El capitán asintió y se sentó junto al resto de sus hombres. Cuando consultó su reloj, cerró los ojos y suspiró.

Alex rodeó el bosque en busca de algún camino por el que subir los materiales, algunos de los cuales eran muy voluminosos. Al final, consiguió despejar una vía. Removió obstáculos y relleno con grava los pequeños desniveles. En cuanto lo tuvo todo preparado, bajó con los demás hombres y él mismo cargó con la primera carretilla, marcando el camino. El resto lo siguió de cerca con otras cargas.

La plataforma no estaba lejos, pero el ascenso era difícil por culpa de la vegetación y el barro. Además, la cuesta arriba los obligaba a descansar como mínimo tres veces. Enseguida, el capitán vio que la tarea era muy ardua para terminarla antes de la noche.

Aquello era justo lo que no quería que ocurriera, pero no podía dejar a su cliente allí, abandonado a su suerte, por misterioso y excéntrico que se le antojase. Así que valoró la situación y decidió cubrir todos los bultos. Cuando colocaron la última lona, regresaron a la ensenada y, desde allí, el capitán llamó a su timonel por la emisora. La lancha motora no se hizo esperar, rugiendo entre la bruma. Estaba oscureciendo.

Después de cenar y a pesar del cansancio, el capitán y su pasajero se quedaron charlando un buen rato. Conversaron sobre la «operación soberanía». Un conflicto del que nada sabía Alex, y que casi desembocó en una guerra entre Chile y Argentina, por culpa de un puñado de pequeñas islas. También hablaron de las injusticias sociales, algo recurrente en todas las culturas del mundo. Al final, se les terminaron los temas de conversación y las cervezas, así que se fueron a dormir.

Por la mañana, se reanudaron las tareas. No quedaban muchos bultos en la playa, pero eran los más pesados y voluminosos. Se necesitaban dos hombres y descansar con frecuencia. Como el tiempo era mejor que el de las horas previas, aprovecharon para acelerar el ritmo, y en un par de horas terminaron.

Alex acompañó a la tripulación en su descenso a la ensenada. Cargaban con las carretillas vacías y se gastaban bromas.

Cuando el timonel regresó para recoger a sus compañeros, llevaba otra lancha remolcada, de dimensiones parecidas. Esta últi-

ma estaba sellada y cargada con latas de combustible. En caso de necesitarlo, Alex la utilizaría como medio de transporte hasta la población más cercana, a unos treinta kilómetros al norte.

Los marineros arrastraron la nueva embarcación para alejarla lo suficiente de la playa, y la dejaron entre los primeros árboles del bosque, donde quedaría protegida de las mareas y de las inclemencias del tiempo.

En aquel momento, Alex se despidió, estrechando las manos callosas y endurecidas de aquellas personas amables. Luego, se dirigió al capitán, ofreciéndole un sobre de papel marrón.

—Muchas gracias por su trabajo. Aquí tiene el resto de lo acordado.

—No hay de qué, señor. Me alegro de haberlo ayudado. Lo único..., y que me escuche Dios, me queda cierta pena por usted. Parece una buena persona y aquí está muy solo. Cuando necesite algo, de verdad que lo va a pasar muy mal. Esto es la soledad más absoluta y a veces nos necesitamos los unos a los otros...

—Le agradezco mucho su interés, capitán —le atajó, muy emocionado—, pero esto ya lo hablamos...; debo encontrarme a mí mismo.

— ¡Que quede claro!, ¡yo también lo intenté!, ¡quise ganármelo con las mujeres! —exclamó Santiago.

Se escucharon algunas risas apagadas.

Alex caminó unos pocos pasos hacia el bosque y levantó una mano. Los marineros movieron las palmas para devolverle el saludo. Desde allí, unos lo miraron con tristeza; otros, con admiración o sorna. Al final, su figura se perdió entre la vegetación.

En el fondo, todos habían esperado que el pasajero se hubiese arrepentido en algún momento de la travesía, ordenándoles dar la vuelta hacia Ushuaia.

Pero eso nunca ocurrió.

A mediodía, el barco se convirtió en una mota más en medio del estero y se perdió entre la bruma.

II

La plataforma era muy amplia y se extendía a los pies de un monte pelado. Algunos bloques de piedra se habían desprendido de las cumbres para detenerse a medio camino del mar. Desde allí, se podía tener una panorámica de las dos vertientes de la península, que se abría lentamente hasta perderse en la bruma. En la costa en la que Alex había desembarcado, había algunas ensenadas y playas, en contraste con su vertiente opuesta, que apenas daba acceso al mar y estaba formada por acantilados. También había tres grandes glaciares a la vista, uno de los cuales desembocaba en el estero.

En cuanto puso un pie en la explanada, Alex sintió un miedo profundo, visceral. Aún no sabía muy bien por qué, pero se le habían quitado todas las ganas de ingeniar símiles. El silencio era inquietante. La soledad, insoportable. Por primera vez en su vida, se sintió solo de verdad, pero no ese aislamiento que experimentamos todos de vez en cuando, protegidos dentro de las cercas de «eso» a lo que llamamos civilización; no, allí Alex pudo escuchar el latido de su propio corazón y sentirse totalmente vulnerable. Lo rodeaba la naturaleza, hostil e indiferente, y quiso salir corriendo, saltar a la lancha motora para alcanzar el barco que lo había dejado allí.

Su cabeza zumbaba, como si albergara a todo un enjambre de avispas en el interior, pero hizo un esfuerzo por controlarse, se sujetó las sienes con las manos y susurró:

—*Alea iacta est*¹.

1. La suerte está echada, en latín. Célebre frase de Julio César cuando cruzó el río Rubicón junto a sus legiones.

Algo, como un hormigueo ancestral que emanaba de las zonas más profundas de su cerebro, lo arrastró hacia una enorme maleta, de la que sacó una pistola. Sentir su peso en la mano lo hizo sentirse mucho más tranquilo, y se hubiera movido por todas partes con ella, pero acabó guardándola en su funda y colgándosela del cinturón. Cuando terminó, de la misma maleta, extrajo un grueso documento, encuadernado en espiral. Era el manual de montaje del iglú.

Lo hojeó despacio, poniendo poco interés en su lectura, hasta que acabó tirándolo entre la ropa.

Como necesitaba un refugio en el que pasar la noche, lo primero que hizo fue armar una pequeña tienda canadiense, donde guardó algunas cosas básicas.

Solucionado el problema del alojamiento, se centró en decidir el lugar exacto donde colocar el iglú, así que, plano en mano, dio varias vueltas para encontrar una ubicación perfecta, y en cada lugar con posibilidades colocó un mojón de piedras. Era una tarea sencilla que lo mantuvo ocupado toda la tarde.

Hacia las siete, empezó a llover con ganas, así que se retiró a la tienda de campaña, se acomodó en la colchoneta y dejó la cremallera abierta para contemplar un solitario montoncito de piedras. Al verlo, sonrió satisfecho.

—¿Todavía puedo hacer eso...? ¿Sonreír? —pensó, sintiendo aquella mueca extraña en la cara.

Pero duró muy poco. Su cabeza empezó a llenarse de nubarrones grises: ¿estarán en buen estado los materiales?, ¿habré comprado todo lo que voy a necesitar?, ¿tendré las herramientas adecuadas?, ¿habré traído suficiente comida y agua para el periodo de aclimatación?, ¿me pondré enfermo?, ¿seré capaz de hacer todos los trabajos por mí mismo, sin la ayuda de otra persona...?

Alex se quedó profundamente dormido, tirado sobre el saco de dormir, agotado, mientras escuchaba el repicar de la lluvia sobre la lona.

Si hay algo que nos hace exactamente iguales a todos los seres humanos, eso es nuestra capacidad de adaptación, que nos ayuda

a sobrevivir a casi todas las situaciones. Por eso, hoy día seguimos existiendo como especie, porque nuestros ancestros tuvieron la plasticidad necesaria para adaptarse a los cambios. Alex, precisamente, se sirvió de esa misma capacidad durante los primeros días, sintiendo cómo la fuerza de la supervivencia le daba la energía necesaria para acometer cualquier tarea, por dura o complicada que fuera. Y el tiempo lo acompañó, pues allí, en enero, los días son muy largos y la temperatura soportable, así que pudo trabajar a buen ritmo.

Lo primero que hizo fue hundir algunos pilotes de madera en el terreno que soportaría el iglú. Después, sobre esa misma base, comenzó a ensamblar las secciones de fibra de vidrio que conformaban el hábitat. Tenían forma de gajo y eran sorprendentemente ligeras con relación a su tamaño. Al terminar la semana, ya había montado todo el refugio principal, más un módulo anexo, en el que guardó las herramientas, algunos materiales delicados, el alimento y la bebida, pues dos noches atrás, un ladronzuelo peludo le había robado unas cuantas raciones de fruta deshidratada.

La siguiente tarea fue montar algunos paneles solares, un pequeño aerogenerador y baterías. El conjunto entero estaba calculado para aportar al iglú la energía necesaria durante todo el año, independientemente de la estación.

El montaje del equipo le llevó tres días, pero el resultado fue que las noches se hicieron mucho más agradables, a la luz de los proyectores, repartidos como farolas por toda la explanada.

La energía eléctrica resultó imprescindible para pasar al siguiente nivel del proyecto: construir un acueducto y un depósito de lluvia. El primero lo construyó uniendo tramos de tubería hasta el depósito, que no era más que un bidón ancho, de chapa, montado sobre una estructura.

Aquello le llevó varias jornadas: atornillando pletinas y abrazaderas sin parar, soldando y moviendo la escalera de aquí para allá. Fue trabajoso, pero mejoró mucho su calidad de vida, asegurándose el suministro de agua corriente durante las estaciones del deshielo.

Un domingo, a la caída del sol, Alex recogió todas las cosas de la tienda y se mudó al interior del iglú. Al hacerlo, sintió una cálida y reconfortante sensación de seguridad que echaba en falta desde hacía mucho tiempo. Por fin, dormiría rodeado por unas paredes de verdad.

Cuando cerró la puerta, inspiró aquella mezcla de olor a madera y plástico como si fuera el perfume más caro del mundo. Estiró la colchoneta, en medio del espacio diáfano, y se tumbó sobre ella. Allí durmió toda la noche, desmadejado, sin las continuas interrupciones provocadas por los ruidos del aire, la lluvia o los animales.

El día siguiente Alex decidió tomárselo libre para recuperar fuerzas, así que lo único que hizo fue salir al módulo para recoger un par de bolsas de comida deshidratada y unas cuantas latas de cerveza. Después de comer, abrió la maleta de ropa y la distribuyó por unos estantes. Durmió otro rato y, al despertar, escribió algunas líneas en su diario.

Lo había empezado el día que decidió embarcarse en aquella aventura desquiciada.

Mientras escribía, Alex enumeró a la gente amable que había conocido en su vida, y, con ello, inevitablemente la invocó... a ella, y también a ese Judas, su mejor amigo, a quien él había llegado a considerar como su propio hermano, esa alma gemela que solo se encuentra una vez en la vida.

Recordó cómo había evolucionado su amistad, desde aquellas tardes en las que hacían los deberes juntos, en la casa de su abuela, las tardes de fútbol sala en las canchas municipales, o las noches de desfase, compartiendo confidencias en un *pub*, hasta su propia despedida de soltero.

Él se lo había organizado todo: el salto con paracaídas, a casi tres mil metros de altura, la *escape room*, ambientada en el castillo de Drácula, y la fiesta final, en la piscina, con flotadores y música. Fue un día inolvidable.

En la boda, ese Judas se sentó a la mesa con él, con su propia familia, ocupando el lugar que le correspondería al hermano de

sangre que nunca había tenido. También lo abrazó, deseando que fueran muy felices, y compartió un baile lento con ella, halagándola al oído.

Después de su boda, él siguió mandándole esos *gifs* al móvil, casi a diario, que tanto la hacían reír. Luego estaban esos golpecitos que ella le daba a él en el hombro. Las miradas de ojos que se encuentran y en el acto se esquivan. Los rubores después de intercambiar una broma...

Alex pensó que no había sabido captar las señales, ¡pero es que las cosas entre ellos dos no iban tan mal...!, ¿o sí...?, ¿desde cuándo habían empezado a distanciarse?, ¿quizá esos dos siempre se habían amado en secreto?

Frunció el ceño, amasando asco e ira a partes iguales. Se sentía como el payaso de un circo, después de que le han tirado una tarta en la cara y todo el mundo se está burlando de él.

De nuevo, resbalaba por esa pendiente, la misma que ya lo había colocado una vez en la cornisa de un edificio de cuatro plantas. Menos mal que la agente de policía que lo ayudó a regresar al interior del apartamento le recordaba a su madre. De otro modo, es seguro que aún quedaría una gran mancha carmesí en la acera. Habría convertido aquel espacio de calzada en uno de esos puntos negros que todo el mundo evita.

Horrorizado, abrió los ojos como si estuviera viendo al mismísimo demonio, tiró el diario sobre la colchoneta, se puso un abrigo y salió de allí.

Al principio, solo puso un pie delante del otro, alejándose de la explanada y del iglú. Solo pretendía bombear sangre a su cerebro, como si su flujo renovado pudiera drenarle la mente de todas esas ideas negativas.

Poco a poco, se fue calmando y, gracias a su temperamento inquisitivo, rápidamente sustituyó toda esa negatividad por la curiosidad que le excitaba el bosque. Aquel era un lugar tan bueno como cualquier otro para olvidar sus traumas.

Encorvándose por debajo de unas ramas retorcidas, se adentró en la espesura virgen, donde cientos de pequeños colémbolos sal-

taban con cada nuevo paso que daba. Allí, anduvo entre matorrales y cipreses hasta un acantilado.

Los árboles alcanzaban el borde y se asomaban al abismo, enraizados en la cornisa. Alex se sujetó a uno de ellos y miró con los prismáticos.

Desde aquel lugar, observó el mar encrespado y las playas formadas por cantos rodados, donde se congregaban muchos animales. También observó los acantilados más cercanos. Murallas de caliza gris que alcanzaban un glaciar, donde terminaban abruptamente.

Al frente de aquella costa, se extendía un banco de niebla extraordinariamente denso. Tanto, que parecía un muro blanco, opuesto a los acantilados. Le pareció un fenómeno tan extraño como inquietante.

Bajó los prismáticos y miró los alrededores. Por allí había nidos donde las parejas de albatros hacían resonar sus picos. También gaviotas oportunistas, que buscaban la ocasión de raptar algún polluelo desatendido. Algo más cerca, los petreles se arrimaban unos a otros, sobre un saliente de roca, esperando su turno para lanzarse al mar.

Después de pasar un rato muy entretenido, Alex decidió cruzar el cabo para ver el estero Ponsonby. Para ello, se vio obligado a sortear algunos bloques de piedra, hasta un promontorio. Allí, Alex descubrió un paisaje que no parecía de este mundo.

A poca distancia, una aguja de piedra se alzaba como el cuerno de un narval sobre el mar, negro, de ébano, y más allá se extendía el estero, salpicado de pequeñas islas, algunas de las cuales estaban cubiertas por la bruma, rodeadas de icebergs.

Alex se dejó arrebatar por el poder de aquella visión mística cerrando los ojos. Sentía cómo el aire presionaba la piel de su rostro y respiraba el olor del salitre. Inspiraba hondo, con confianza, y escuchaba el viento. Hasta que un sonido lo sacó del trance. Un crujido.

Se volvió despacio y vio cómo se zarandeaban unos arbustos. Cuando se palpó el costado, descubrió que, al salir atropelladamen-

te del iglú, había olvidado la pistola. Inmediatamente, el instinto lo hizo agacharse para recoger una piedra del suelo.

Al levantarse, vio una pequeña forma que desaparecía entre las plantas. Suspiró aliviado.

Se acercó a los matorrales para investigar más, y, solamente había dado unos pocos pasos, cuando un nuevo crujido le confirmó que el animal seguía dentro del bosque.

Alex reanudó la marcha, sigiloso y cauto. Sabía que en aquellas latitudes no existen depredadores terrestres que representen un peligro para el ser humano, pero, aun así, conservaba la piedra y no pensaba tirarla.

Por fin, distinguió algo al contraluz. Era una silueta indefinible, pero tan pronto como reparó en ella, lo que fuera que había estado allí, mirándolo, saltó al vacío.

—¡No! —exclamó, extendiendo una mano hacia la luz.

Y corrió hasta el borde del acantilado, desde donde lo vio remontar el vuelo, aleteando hacia otro saliente.

Era grande, oscuro, con una manera de volar lenta y desgarrada. Por todo ello, Alex lo clasificó como un cóndor, pero en el fondo no se quedó convencido de lo que había visto.

Contrariado y hambriento, regresó para cenar.

No le quedaban muchos suministros, así que fue muy frugal. Después, escuchó algo de música clásica por los auriculares y se durmió hasta el día siguiente.

Como todavía quedaba algún trabajo por hacer, y se avecinaba el mal tiempo, Alex introdujo el resto de sus cosas en el Iglú, antes de ensamblar las secciones que faltaban. Cuando terminó, el hábitat quedó distribuido en un solo volumen de planta elíptica. Tenía un pequeño aseo con una ducha individual y una cocina básica. En un lateral, había una cama litera y un escritorio. Por fuera, parecía algún tipo de módulo lunar, de color blanco nieve, aséptico, y con ventanas de ojo de buey.

Apartó algunas jornadas para instalar una pequeña lavadora y un sistema de radio, con una antena en la parte superior del iglú.

Con ella podía tener una estación de radio y conexión al satélite de telecomunicaciones argentino ARSAT-1. Estar en uno de los lugares más apartados del planeta no le impedía recibir noticias del mundo exterior.

Estaba orgulloso de lo que había conseguido, pero le faltaba una última pieza, quizá la más importante: junto a la vivienda, y conectado a la misma por un pasillo, ensambló otro iglú algo más pequeño. Era de diseño pionero, creado por un ingeniero que había trabajado para la NASA, diseñando refugios que, algún día, se instalarían en la superficie de Marte.

Aquel segundo iglú era un invernadero hidropónico «inteligente», autoabastecido por energía solar y eólica, donde la temperatura se ajustaba automáticamente, así como el riego, la ventilación e incluso la iluminación. Aquella estructura de metal y plástico le había costado más cara que ninguna otra cosa, pero, gracias a ella, tendría hortalizas y verduras frescas durante todo el año.

Cuando colocó el último remache, Alex soltó un aullido de triunfo. Lo había conseguido. Después de algo más de dos meses de duros trabajos, allí delante tenía su nuevo y flamante hogar.

Lo contempló desde lo alto de una roca y pensó que aquella edificación parecía algo de otro mundo. Dos semiesferas casi perfectas, colocadas sobre pilotes, compactas y perfectamente ensambladas. Se sintió un marciano delante de su módulo, solo que sin traje espacial.

Aquella noche lo celebró por todo lo alto, colocando unas luces led de colores por el contorno de los edificios, y también se emborrachó, mientras escuchaba a los Bee Gees a todo volumen, con la puerta entreabierta. Aquellas voces en falsete, que violaban el silencio de la explanada, eran como el comienzo de un mal chiste, una patada en la espinilla de la cordura. Pero aquella noche tocaba escuchar aquellos temas de los años setenta.

—¡Que te den, universo! —gritó con los ojos inyectados en sangre—, ¡y que os den a vosotros dos también!, ¡disfrudad de vuestro sucio amor, si es que os lo permite la conciencia! —

siguió voceando contra el cielo estrellado—, ¡vaya, pero si no tenéis!

Y terminó riéndose a carcajadas como un animal salvaje, enloquecido, sosteniendo el cuello de una botella de vodka que había reservado para aquella ocasión. Y se le apagaron las luces.

A la mañana siguiente, se despertó dentro del refugio, con dolor de cabeza, muerto de frío y sin camiseta. La puerta seguía abierta y las pistas de música se habían terminado. Se frotó la cara y siguió riéndose, estaba ronco de pasarse toda la noche gritando, pero había soltado toda la porquería que llevaba dentro y se sentía fenomenal.

A partir de aquel día, Alex se creó una rutina vital, necesaria para su propia supervivencia. Por las mañanas, exploraba los alrededores en busca de nuevas fuentes de comida. Por las tardes, se ocupaba del invernadero y de las jaulas con cebo para pescar. Al caer la noche, cenaba, se tumbaba en la cama para leer un rato y después planificaba lo que haría al día siguiente. Si el cielo estaba despejado, salía y se sentaba en un tocón de madera, al que llamaba su «banco». Allí admiraba el cielo nocturno, donde las estrellas se contaban por millares y se veía la Vía Láctea con perfecta nitidez. Era un espectáculo único, que lo hacía sentirse culpable cada vez que recordaba las groserías que le había gritado.

A la hora de dormir, Alex descubrió que, o bien por el cambio de hábitos, o por la nueva ubicación geográfica, allí soñaba mucho más que antes. Sus ahogos nocturnos habían desaparecido y los sueños eran agradables. Además, podía recordar perfectamente todo lo que había sucedido en ellos. Era como si, en aquella región del mundo, su mente se hubiera destapado de un velo. Como si, en aquel lugar, lejos de la contaminación de la sociedad humana, la barrera entre lo consciente e inconsciente fuese más permeable.

Pero este no fue el único cambio. Un día, mientras probaba la radio, entabló contacto con la base nº32 de Chile, situada en la isla Navarino, a más de cien kilómetros de allí. Lo que en principio había sido un error, al final, se convirtió en otra actividad que añadir a la rutina.

De vez en cuando, Alex se comunicaba con un hombre de mediana edad llamado Mario, de profesión meteorólogo. Lo que en un principio solo fueron un puñado de consultas sobre el tiempo evolucionó hasta convertirse en una curiosa amistad. Él también era un hombre divorciado y por eso conectaron de una manera especial. Con cada nueva conversación, también iba conociendo al resto del equipo, formado por siete personas más.

Pronto, la relación prosperó.

—Algún día tienes que venir a la base. Queremos conocerte en persona —dijo una voz femenina, de fondo.

Alex rio frente al comunicador.

—¡Eso! —continuó Mario—. Tenemos que conocerte, porque, para que los sepas, hemos hablado de ti en un periódico local, y ahora se te conoce como el Ermitaño de Hoste... Cambio.

En la base, solo se escucharon risas.

—Ok, ok..., en año nuevo quizá decida sacar la lancha motora para haceros una visita... Sin presiones, ¿vale? Cambio.

Después, se escucharon aplausos y vítores.

—¡Tendremos preparada una botella de champán de más!, ¡solo para ti! —gritó otra voz de fondo.

—No le hagas caso... Es Rogelio, el ingeniero de mantenimiento. En la base nada funciona como debe, menos el arcón donde guardamos la cerveza. Eso es lo único que mantiene operativo...; y también se las bebe como si fueran solo de él. Pero te aseguro que, para cuando vengas, lo tendremos encerrado en una habitación. Bajo llave. Cambio.

Y otra vez se escucharon bromas y jarana.

Alex sentía algo agri dulce con cada nueva conversación.

El capitán del barco tenía razón: los humanos necesitamos comunicarnos a menudo para conservar la cordura. Por eso, Alex se hizo adicto a su dosis diaria de charla con los compañeros de la base. Era terapéutico. Necesitaba sus chistes, sus bromas y, por qué no, oír sus voces. Todo esto terminó por cambiar su rutina.

También sus hábitos alimentarios se vieron alterados. Las conservas se acabaron, por lo que por las mañanas tenía que salir a la playa en busca de pescado o marisco. Otros días iba de caza, pero los menos, ya que en sus incursiones solo había conseguido un conejo, y como no le gustaba matar animales, el estofado le sentó mal. Estuvo vomitando toda la noche.

La base de su alimentación había pasado a estar integrada por tubérculos y hortalizas, casi exclusivamente. Alex nunca había sido vegetariano, por lo que, sin carne roja, su organismo le gritaba que le faltaba algo.

Un día, no pudo soportar más esta carencia y salió a cazar. Subió por una ladera nevada, alcanzó cierta cota y comenzó a bajar hacia un bosque. Atravesó el umbral de ramas y caminó por las zonas más despejadas. Allí solo había pájaros pequeños y los omnipresentes colémbolos, brincando por todas partes. Nada a lo que disparar.

Cansado, Alex se sentó en una piedra para frotarse las manos y conseguir algo de calor. Luego, miró a su alrededor. Los árboles retorcidos, robles y hayas, en su mayoría, ensombrecían el lugar, pese a la claridad difusa que se filtraba entre las copas. De fondo, se escuchaban las olas, estrellándose contra la costa, cientos de metros más abajo.

Sin saber muy bien por qué, aquel sitio lo incomodaba, había algo fuera de lugar. Además, el suelo estaba muy enfangado y sus botas se habían puesto perdidas, haciéndolo resbalar continuamente.

Alex cogió una madera y empezó a retirar los grumos de lodo que se le quedaban entre los huecos de la suela. Entonces, mientrasladeaba la cabeza, escuchó un chirrido. Con el corazón acelerado, levantó el rifle y se incorporó.

Caminó hacia el sonido, que parecía venir de detrás de unos matorrales. Apartó uno de ellos y se topó con un pequeño claro, donde varias huellas indicaban la presencia reciente de algún animalillo.

Alex se puso en cuclillas y escuchó el mismo sonido, justo detrás de él, así que giró sobre sus pies. El escurridizo animal movió algunas ramas y se perdió otra vez entre las plantas.

—Me cago en... ¡Estabas justo ahí! —farfulló para sí mientras se acercaba al nuevo foco del sonido.

Allí se agachó para comprobar las huellas. Eran pequeñas y terminaban en tres dedos afilados.

—¿Tridáctilo...?, ¿pero tú qué eres?, ¿algún tipo de pájaro...?

De pronto, otro chirrido lo asustó, haciéndolo caer de culo sobre el barro. Esta vez, lo había escuchado pegado a su oreja. Se levantó muy rápido, sacudiendo la cabeza de un lado a otro, sujetando el rifle con rabia. Por primera vez en su vida, estaba experimentando el verdadero instinto de cazador.

Comenzó a caminar, agazapado, con el ceño fruncido. Aquel animal era muy astuto y parecía que estaba burlándose de él. La próxima vez no sería tan ingenuo.

—Así que quieres jugar conmigo, ¿eh? —susurró.

Hubo un silencio profundo antes de que se levantara el viento. Las copas de los árboles empezaron a sacudirse y algo de nieve cayó por los alrededores, produciendo una extraña sinfonía en la que Alex creyó detectar el chirrido. Aquello lo asustó. Y mucho.

Definitivamente, había algo raro en aquel bosque, algo que no terminaba de encajar. Invasión por ese miedo ancestral, que ya sintiera al quedarse solo por primera vez, comenzó a retroceder hacia el yermo.

Ese animal lo estaba observando y no podía verlo. Estaba ahí, su instinto se lo gritaba. El vello erizado le estaba avisando que quizá se habían invertido los roles y que él ya no era el cazador, sino la presa. Aterrado, dio media vuelta y huyó.

Corrió como si lo persiguiera la mismísima sombra de la muerte. No se detuvo hasta que hubo entrado en el iglú y atrancado la puerta. Nunca, desde que se había instalado allí, había sentido la necesidad de atrincherarse dentro del refugio.

Alex se pasó una mano por el cabello, abandonó el rifle, se quitó la ropa sucia y caminó en calzoncillos. Cuando recuperó el pul-

so, se dio cuenta de que había perdido todo el antojo por la carne roja, así que se conformó con cocer unas cuantas patatas con algo de pescado del día anterior.

Con la tripa llena, Alex se burló de sí mismo, razonando que ese animal tenía que ser muy pequeño a juzgar por el tamaño de sus huellas. Ni aun siendo un depredador, hubiera representado una amenaza seria para él.

Por la tarde, investigó en libros de fauna autóctona, pero no encontró ninguna correspondencia con una criatura de tales atributos. Tampoco en internet halló nada que se ajustara a sus características.

Al final, cansado de darle vueltas y restándole importancia al tema, comprendió que tenía cuestiones más importantes de las que preocuparse.

—Que le den al bicho —dijo para sí mismo.

Ya tendría tiempo de volver al bosque más adelante.

